



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año III



22 de marzo de 1890



Núm. 125



## LOS NIÑOS DE AUSTRIA Y HUNGRÍA



PASEO POR LOS BOSQUES



## UN RATO DE CHARLA

**A**RÁTASE de fundar en Madrid una *Asociación de la Juventud Literaria Española*, destinada á facilitar á los escritores jóvenes el acceso á la notoriedad, contrarrestando la *malquerencia* de las medianías que, según parece, les obstruyen á piedra y lodo el camino que conduce á las cumbres del monte de la Fama.

Figuran en la comisión organizadora excelentes y reputados escritores, algunos de ellos muy buenos amigos míos, y yo buen amigo suyo; pero esto no quita que diga mi opinión sobre lo que se proponen.

Que aplaudo la idea, está clarísimo, aunque no fuese por otra cosa que por compañerismo; pero, dando de barato que se salgan con la suya, que consigan todas las facilidades imaginables para dar á conocer sus libros, sus poesías, sus artículos, sus comedias; concediendo que publiquen sin tregua ni descanso todo cuanto escriban, y que, como es lo más probable, adquieran con ello gloriosa reputación; ¿qué van á sacar de que la gente les lea, les admire y hasta les envidie?

Pues, francamente, yo creo que van á sacar tan poco que no vale la pena de intentar esa empresa de derribar las barreras que encuentran ahora en su camino.

La profesión de escritor es uno de aquellos medios de vivir que no dan de vivir, según la frase del insigne Larra. Se dirá que algunos zarzueleros de pipirijaña y algunos saineteros chirles sacan mucho dinero de sus maldecidos engendros; pero éstos son los menos y no tiene nada que ver la literatura con sus embutidos cómico-lirico-bailables.

El único porvenir á que puede aspirar un escritor concienzudo, inspirado, genial, es á vivir entre mil angustias, dos mil privaciones y tres mil sinsabores, si es que no acaba por morir de hambre.

Se dirá que en Francia los doce redactores de *Le Figaro* cobran 60,000 francos al año; que Sardou, Dumas, Zola, Daudet y algunos más son millonarios; pero no se tiene en cuenta que el primer poeta francés, quizás, de este siglo, sin exceptuar á Victor Hugo, el admirable Paul Verlaine, ha ido á parar á un hospital, y no se tiene en cuenta, sobre todo, que España no es Francia.

La verdad es que no se ha perdido aún en nuestra tierra la afición á hacerse caballero andante: la Literatura es una Dulcinea tan fantástica como la otra, y los que la aman han de verse por ella tan maltrechos como el inmortal hidalgo.

Yo comprendo que uno se haga trapense, misionero, buzo, domador de fieras, contrabandista; pero no acierto á comprender cómo hay quien abraza la carrera de maestro ó de literato. Sí: no lo comprendo, porque



los desengaños son tan públicos y los horrores de su existencia tan sabidos, que no tiene excusa la temeridad de embarcarse en semejante chinchorro averiado.

Para colmo de infortunios, ya ni siquiera se reconoce al literato que sea un hombre superior á los demás por su talento y su género de producción. Tolstoí afirma que tiene mayor mérito hacer un par de botas que un libro, y Julio Lemaître, el mejor crítico de París, se encarniza



El Prater de Viena

contra los jóvenes autores que suponen valen más que un agricultor, un político, un industrial, etc.

Yo comprendería el *ejercicio* de la literatura si se tomara como simple pasatiempo, pero como *profesión* no lo concibo. Espero que no se enfadarán los aludidos si digo lo que voy á decir: Galdós, además de novelista, es alto empleado de la Trasatlántica; Campoamor es rico; Alarcón es ó ha sido, como Núñez de Arce, consejero de Estado; Valera es embajador; Echegaray, ingeniero; Menéndez Pelayo y Clarín son catedráticos; Pereda, propietario; Balaguer, ex ministro; Balart, secretario de Banco; Palacio, archivero del Ministerio de Estado; Urrecha, empleado en Aduanas; la Sra. Pardo Bazán es riquísima; Martínez Pedrosa es empleado; Navarrete y Vidart son artilleros; Castelar es ex ministro; etcétera, etc., etc.

En cambio, los que son literatos á palo seco ¡qué poco satisfechos se muestran de su suerte! Tengo ahí una serie de *autobiografías* de distinguidísimos autores, y apenas hay uno ó dos que confiesen lo pasan regu-



larmente; y recordemos ahora el triste fin de Pelayo del Castillo, de Marquina, de Pablo Nougués, de Roldán del Palacio, de Lustonó, y de otros que me sé y no creo conveniente divulgar á los cuatro vientos. Fijémonos en los muchos que, arrastrados por la desesperación, han tenido que emigrar; en los pocos afortunados que han conseguido á última hora un destino del Gobierno, rompiendo más que de prisa sus relaciones con las ingratas Musas; y en la triste suerte de tantos y tantos como luchan, se desesperan y consumen su actividad y sus fuerzas en una porfía tan temeraria como la de un conejo que quisiera trepar hasta lo más alto de la Giralda de Sevilla.

Como ha dicho recientemente D. Nicolás Salmerón, España es el país menos civilizado de Europa, y no ha llegado aún la hora en que pueda ser posible vivir de las letras. Los editores hartos hacen con publicar para ganar poquísimo, cuando no salen perdiendo; y si el *mercado* literario es misérrimo no tiene la culpa nadie, sino el estado en que se halla la instrucción pública. ¿Quién ha de arrebatarle aquí las tiradas de centenares de miles si apenas hay quien sepa leer?

Dedicarse en España á la literatura, dedicarse á la literatura en un país donde á la inmensa mayoría les estorba lo negro, es hacer como aquel buen señor que se fué á vender una partida de colchas y edredones á Fernando Póo. Procuremos primero *hacer público* y luego vendrá lo de tomar por lo serio las letras como profesión. Hoy por hoy ofrece mucho mayor porvenir meterse á torero ó concejal. Esta es la verdad, por más que sea amarga.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



Jinetes húngaros



## LA COPA DE ORO

CUENTO FANTÁSTICO

( Á RICARDO )

**D**ESPUÉS de repetidas heladas y nevascos, aquella mañana amaneció el cielo radiante y espléndido, prometiendo un día templado y primaveral.

Como consecuencia lógica de la obligada encerrona, ni los chicos pensaron en ir al colegio ni las niñas á la amiga. Al verse en la calle, alegres y contentos, ávidos de corretear á sus anchas, desbandáronse por ellas como golondrinas ansiosas de tender libremente su vuelo y no descansar en su carrera hasta que la fatiga les rindiese ó el cansancio les impusiera el reposo.

Julián y Pablo, dos buenos y excelentes amigos, al verse de nuevo, acordaron salir al campo para entregarse á su tarea favorita: tal era la de desbaratar los nidos de los gorriones que anidaban en los huecos de los árboles, en los aleros de las masías, ó entre las ruinas de derruida muralla que antaño defendió la villa.

Con una crueldad impropia de sus pocos años, dieron comienzo á la batida, resultándoles ésta tan completa que á las pocas horas no quedaba en aquellos alrededores un solo nido en pie. Satisfechos del éxito de la jornada, y dueños de algunos céntimos que la venta de los gorriones les había proporcionado, decidieron ir de merienda aquella tarde á una granja inmediata, completando de esta suerte aquel día de asueto y libertad.

Reuniéronse á la hora convenida, y, más que á andar, echaron á correr. La granja estaba muy distante, y por añadidura apenas si conocían el sendero. Esta circunstancia y el aturdimiento propio del que comete una mala acción, hizo que equivocaran el camino, internándose los chicos en un bosque que por lo frondoso resultaba laberíntico. Sentáronse al pie de recia encina, y Julián, ganoso de animar á Pablo, le dijo:

—No temas. Después de todo, ¿qué nos puede ocurrir? Desandaremos lo andado, y á casa.

—Es que ni esto podremos hacer,—repuso su amigo.—Esto parece un bosque encantado: no es posible en él retroceder ni avanzar.

—Pues si es encantado no faltará en él el hada maravillosa que nos guíe y nos pregunte aquello de—Niños: ¿qué deseáis?

—Poco le pediría por mi parte. Como me mostrara el sendero para volver á mi casa, te prometo que no le pediría más.

—No seas bobo: á casa podremos volver sin el auxilio de hada alguna. Yo le pediría... ¡Vamos á ver si aciertas!



Cestera húngara



—¡Qué sé yo!  
—Una copa de oro.  
—¿Llena de agua?  
—No: de perlas.  
—No són lo más indicado para apagar la sed.  
—La sed de agua no: la sed de felicidad sí.  
—¿Y tú lo serías con una copa llena de perlas?  
—Ya lo creo: como que me las vendería en seguida y sacaría de ellas un caudal.

Guardaron silencio los dos niños, y al cabo de un rato dijo Pablo:

—Con lo de la copa has despertado mi sed: siento un ardor que me abraso.  
—También lo siento yo,—repuso Julián.  
—Por manera que le pedirías al hada una copa de agua.  
—No: se la pediría de oro. Para llegar á rico algo se debe sufrir.

De nuevo guardaron silencio, y, en tanto se acentuaba más el duelo y la tristeza en el semblante de Pablo, el de Julián irradiaba de júbilo, efecto del extraño fantasear á que se había entregado. De sus internos coloquios, de sus abrumadoras angustias y atrevido ambicionar, les distrajo pronto un extraño y apagado rumor. Los dos amigos se acercaron hasta confundirse en una sola la silueta de sus cuerpos, cuando, deslumbrados por súbitos resplandores, sus ojos se fijaron en un punto luminoso que parecía brotar del suelo. El punto fué condensándose en rosados vapores, éstos en cuerpo, y, tomando éste la forma de hechicera deidad, envuelta entre flotantes gasas, coronada por brillantes luminas, sosteniendo en su mano derecha una copa de oro llena de perlas y en la otra una de cristal llena de agua, el hada misteriosa acudió á su llamamiento.

—Aquí me tenéis,—les dijo.—¿Qué queréis? ¿Qué deseáis de mí?  
—Yo,—dijo Julián,—esa copa de oro que sostienes con tu mano derecha.  
—Yo la de agua, para apagar mi sed.  
—Es muy poco comparado á lo que me pide tu amigo,—repuso el hada.  
—No quiero más.  
—Pues bien,—le dijo el hada;—toma tú, Julián, la copa de oro, y aprende en ella si realmente en las riquezas se encuentra la felicidad. Tú, Pablo, quédate con la de cristal. Apaga con el agua que contiene la sed que te abrasa. Luego rompe la copa: el polvo de sus cristales, condensándose en pequeña estrella, te guiará hasta tu casa, donde tanto deseas volver.

—Yo seguiré su luz,—repuso Julián.

—No te será visible si no abandonas la copa de oro,—dijo el hada. Y desapareció.

Bebió ávidamente Pablo, rompió la copa, y, según el hada le había asegurado, brotó de los rotos cristales hermoso luminar que le mostró el deseado sendero. Entraba la noche cuando llegó á su casa. Besó á sus padres amorosamente, cenó con buen apetito, y á la hora de costumbre se acostó, haciendo el firme propósito de no destruir en adelante nidos, ni de emprender correrías, ni de tener otra ambición que la de cumplir cual debe un niño. Con tan buenos propósitos claro está que consiguió en seguida sueño tan dulce como reparador.

Julián, en tanto, vagaba por el bosque con su tesoro en la mano y buscando inútilmente una salida. La sed le hostigaba por momentos y se sentía morir. La noche entraba y su negrura infundíale profundo pavor. Corría desalado de una parte á otra. Inútilmente: no encontraba la salida. A cada paso que daba parecía brotar un roble ó una encina, aumentando de esta suerte la fron-



dosidad de aquellas soledades. Aullaban los lobos, la noche había cerrado por completo, y la pavora de aquel pequeño ambicioso convertíase en terrible delirio. A cada instante temía ser devorado por alguna fiera. Una hoja que se desprendiese de los árboles y rozase su rostro le arrancaba un grito, una exclamación de terror. Si inadvertidamente daba contra algún árbol, se le antojaba que iba á ser robado por algún malhechor. Y frenético, delirante, próximo al paroxismo, cayó exánime al pie de un roble, cediendo sus fuerzas á aquella





---

NUESTROS GRABADOS

---

---

LOS NIÑOS DE AUSTRIA Y HUNGRÍA

---

**A**USTRIA y Hungría se componen de cierto número de nacionalidades, y al hablar de los niños que habitan en dichos países me refiero á los germano-austriacos, tschechen ó bohemios, eslavonios, rumanos, croatos, búlgaros, magiares ó húngaros, y tirolese, además de los judíos, rusos, polacos, armenios y otros muchos.

Ya se comprenderá que el género de vida y las costumbres, las casas y el lenguaje de los niños, son tan variados como las nacionalidades que representan; y al describirlo únicamente podré, atendido el limitado espacio de que dispongo, dar cuenta de lo más interesante, aunque esto es tanto que apenas sé por donde empezar.

El muchacho callejero que pide un *zehnerl* en las calles de Viena, y que grita de contento apenas lo recibe, me ayuda á salir de la dificultad; y de paso diré que todos los austriacos cantan lo mismo, creyendo firmemente que no hay ciudad ni lugar alguno en el universo que pueda compararse con su magnífica música y su artística capital.

Siguiendo los pasos del muchacho, vamos por lo pronto al famoso Prater, con sus tres soberbias avenidas: una que conduce á los baños del Danubio; otra en el centro, conocida con el nombre de Volks ó Wrsten Prater; y la tercera á la izquierda, que es el Nobel Prater. En esta última avenida se suelen encontrar siempre muchos niños que van allí á pasear con sus padres ó las ayas y que juegan debajo de los castaños.

A cualquier viajero le gustaría sobre todo el Wrsten Prater, porque allí suelen reunirse todas las maravillas del mundo en diversas estaciones del año. Allí se ven enanos y gigantes, polichinelas, ratas blancas y monos, perros que bailan, acróbatas que trabajan la cuerda tirante y casas de fieras. Todo es allí ruido y alegría. Nunca falta música: hay cantantes y organillos, y, en fin, todo cuanto puede distraer á los muchachos.

Los niños austriacos no dejan de parecerse bastante á sus primos alemanes, pues tienen semejantes costumbres, diversiones y juguetes. Sus escuelas son también análogas á las de Alemania. Así, por ejemplo, el *Kindergurten* es un colegio montado al estilo de Alemania, destinado para las niñas, cuyas maestras llevan á la familia menuda á pasear á los bosques, con sus muñecas y juguetes. Allí se distraen principalmente cogiendo moras, que nunca suelen faltar en las orillas musgosas. (Véase el grabado.)

Como se habló en otro artículo de los niños alemanes, no nos detengamos en la hermosa ciudad de Viena; y, siguiendo nuestra exploración, trasladémonos desde luego al Tirol para pasar después á Rumanía, Eslavonia, Croacia, etc. Con decir algo sobre la vida de los niños en aquellos países, se puede formar idea del conjunto.

Comencemos por el Tirol.

Algunos niños que han emprendido una excursión van en una balsa que flota en las aguas del río Inn. Esto les divierte mucho, pero no deja de ofrecer peligro, sobre todo cuando las aguas están algo agitadas. Sin embargo, los atezados remeros tirolese son tan expertos como hábiles y saben guiar la





Escena en una alqueria de campesinos maglares

balsa con sus largas pértigas, evitando las sinuosidades y cascadas con la mayor destreza.

No tardan los pequeños viajeros en llegar á su destino, y saltan á tierra presurosos, profiriendo gritos de alegría.



El hijo del barquero, chico de pocos años, no puede tomar parte en la división, y nadie debe envidiar su suerte, porque se le obliga á trabajar mucho, como les sucede á los Schwabenkinder, así llamados porque se les envía á Suabia todas las primaveras para servir en las granjas de aquel país. Triste es ver á esos niños, muchos de los cuales no tienen más de ocho años, reuniéndose en diferentes puntos del Tirol antes de dar principio á su enojoso trabajo.

Vestidos muy pobremente, con un palo en la mano y á la espalda un lío que contiene, además de una camisa limpia ó blusa, un pedazo de queso y otro de pan de centeno, los niños de ambos sexos forman cuadrillas á principios del mes de marzo, y, conducidos por un hombre anciano ó mujer, van de pueblo en pueblo implorando la caridad pública.

Recorren casi todo el camino á pie, y cuando llegan á Ravensburgo, á Weingarten ó Waldsee están rendidos de cansancio; tanto que no podrían continuar su marcha si no se les permitiera descansar un poco.

El primer mercado donde se les exhibe es el de Ravensburgo, donde se celebra la feria el 19 de marzo. Las calles se llenan de niños que esperan ocupación; y los dueños de las granjas, que á veces llegan desde puntos lejanos, hacen su elección, oyéndose á menudo la siguiente pregunta:—¿Estás ya vendido, muchacho?—Los que no han encontrado amo, aun saltan alrededor de los que buscan sirvientes rogándoles que los compren.

Entre muchas escenas cómicas hay algunas tristes. Un muchacho, por ejemplo, será alquilado para una granja, y su hermano ó hermana para otra; y la separación es dura para ellos, pero es preciso que se conformen. Por regla general se les trata bien. El amo da, al chico que compra, suficiente pan, salchichón y cerveza, y después condúcele en su carro. La mujer le recibe bien y le da de comer cuanto quiere; pero después de comer bien una noche debe comenzar su ruda tarea, que generalmente consiste en cuidar del ganado, esquilarse los carneros, conducir las vacas y caballos al pasto y atender también debidamente á las aves caseras y á los cerdos.

Así pasa el verano. Llegado el otoño y el 19 de octubre, el anciano ó la mujer se presentan de nuevo para recoger al chico alquilado y conducirlo de nuevo á su casa. Por lo regular van mucho mejor vestidos que cuando salieron, pues han ganado lo suficiente para que se les compre un par de trajes. Los niños de menos de nueve años reciben como salario de seis á doce marcos (cada marco equivale á cinco reales), y los que pasan de esa edad ganan de doce á veinte.

Esos niños están contentos y disfrutan de buena salud; pero no tienen oportunidad para instruirse, y hállanse tan acostumbrados á la vida errante que les cuesta mucho un servicio continuado. Por esta razón muchas personas benévolas tratan de extirpar esta antigua costumbre, mejorando la condición de los padres é induciéndoles á tener sus hijos en casa. Tan buen resultado han obtenido sus esfuerzos que el número de individuos alquilados es mucho menor que en otro tiempo.

Muchos niños tirolese, y sobre todo niñas, ocúpanse durante los meses de verano en recoger arandanos y huevos de hormiga.

En el valle inferior del Inn y en las inmediaciones de Innsbruck crecen los arandanos en grandes cantidades, así como también las moras. Los que van á cogerlas, llamados *beererinnen*, comienzan su trabajo á primera hora de la mañana en agosto y setiembre; y como esa fruta, llamada en el país *zotten*, se cría en la parte más alta de las rocas y es la mejor para fabricar el *motl-beerlwasserl* (aguardiente de arandano), y se paga al más subido precio, el trabajo es penoso por lo mucho que se ha de trepar.



Los muchachos llevan un *rissel* ó *kamm* (peine) para recoger mejor el fruto. Ese instrumento es una especie de larga copa con asas y debajo de ésta un peine. Cuando se pasa suavemente por las plantas, aquél separa el fruto, que cae en la copa, y, una vez llena, se vacía en un cesto.

En los días de mercado se ven flotar por el río numerosas balsas cargadas de esos cestos, que el *beerrerrinnen* custodia celosamente.

Los que recogen huevos de hormiga se designan con el nombre de *ameisen* ó *amashexen* (brujos de hormigas), porque siempre se ponen la ropa más andrajosa para entregarse á esa ocupación. En los bosques más espesos abundan esos insectos á causa de ser el suelo bituminoso, reuniendo muy favorables condiciones, siendo la especie conocida con el nombre de *formica rufa* (hormiga roja) la más buscada, porque sus huevos son mayores.

Además de estas ocupaciones, los muchachos tirolese dedicanse á otros trabajos, como por ejemplo esculpir en madera, mientras que las niñas bordan para ayudar á sus padres ó bien se dedican á cualquier oficio ó tráfico de los muchos peculiares de los pueblos del Tirol, como la confección de guantes, de alfombras y de diversos tejidos.

Una de sus diversiones favoritas consiste en tocar el *zither*, instrumento de cuerdas muy propio para los *volkslieder* tirolese (cantos nacionales). Los muchachos acompañan, y así se producen unos sonidos muy melodiosos. Los muchachos son muy aficionados á construir toda especie de aparatos mecánicos, como por ejemplo molinos para sacar agua en las montañas, etc. (Véase el grabado.)

Debo hacer mención también de una clase de niños pertenecientes á los *dorcher* ó *laniger*, términos que se consideran como corrupción de las palabras *durchgeher* ó *laniger*, que significa errantes ó vagabundos, aplicándose á las tribus de gitanos que tienen sus viviendas en pueblos muy sucios, como Stilfs y Schonweiss en Bintschgau y Oberinntal, ó Motz en el Oberland. En esos puntos, los niños y sus padres pasan todo el invierno; mas apenas se aproxima la primavera, comienzan sus excursiones vagabundas, que á veces se extienden hasta Karnten (Corintia), Steiermark (Estiria) y hasta Croacia.

Para esto llevan una especie de carretón de dos ruedas, del cual tira el padre, ó un burro si hay medio de comprarlo. Cúbrese con lona, y contiene escobas, cestas, ollas y sartenes, con todo lo que la familia pueda necesitar en su vivienda transitoria. Llevan también cierto número de jaulas de pájaros muy bien amaestrados, que cantan perfectamente y saben hacer varias habi-



Niños austríacos en su casa



lidades; y como guardián del carretón, se ve junto á éste un perro de feo aspecto, pero cuyas cualidades son verdaderamente apreciables.

El padre, la madre y los niños están siempre muy sucios y andrajosos, pero esto no impide que se adornen con algún objeto de relumbrón ó alguna prenda de vivos colores, á los que parecen muy aficionados los gitanos. Su llegada es tan segura todos los años, que en las ciudades se les tienen ya señalados sitios para que se acomoden; y si en los pueblos no encuentran su acostumbrado cobertizo, poco les importa acampar al aire libre.

Su género de vida es el mismo de todos los gitanos del mundo: el padre se ocupa en componer cacerolas ó cestas; la madre permanece junto al carretón para cuidar de algún niño de pecho, y á la vez ofrece decir la buenaventura por una ínfima moneda de cobre; y los niños vagan por todas partes implorando la caridad pública cuando no pueden robar alguna cosa.

Salgamos ahora del Tirol para visitar la Hungría y las casas de los magiars (véase la lámina), los eslavonios, los rumanos, los croatas y otros pueblos del imperio.

En todos estos países hay muchos alemanes, ó sajones, como allí los llaman; y hasta hace muy poco tiempo el idioma alemán fué elegido como medio para que se entendieran todos en aquellos países de tantas lenguas: hasta la enseñanza se dispensaba en alemán.

Pero los magiars, que son una raza orgullosa, no lo quisieron así, y aun hacen cuanto pueden para extirpar el elemento alemán. Los eslavonios tratan de hacer lo mismo. No sabemos cuál será el resultado ó quién tendrá más derecho para considerarse dueño del suelo.

Entretanto, donde quiera que encontremos casas muy limpias, con niños aseados y deseosos de aprender, podemos asegurar que son de un pueblo alemán.

Aunque se trata de aficionar al niño á la música y al canto, acostúmbrasele también á trabajar y á ser muy industrioso; tanto, que ha llegado á ser muy general el dicho de que si el sajón no tiene otra cosa que hacer, derriba su casa y construye otra nueva. Y no porque lo necesite, pues generalmente es muy bonita, tiene jardín siempre lleno de flores, de las cuales se cuidan las niñas; palomar, que está á cargo de los muchachos; y un buen balcón, donde el padre y la madre pueden tomar el fresco por la noche, hablando con sus amigos.

Dentro de la casa todo está muy arreglado y limpio. Las paredes de la sala y del gabinete están adornadas de cuadros más ó menos buenos, representando tal vez algunos á Lutero y Melanchton. El mobiliario, aunque modesto, es de elegante sencillez, y en las alcobas se ven unas camas muy aseadas.

Los rumanos son un simple pueblo montañés, algo despreciado por los orgullosos magiars, que llaman á esos naturales *osos de Wallachia* (*olah medve*). Cuando nace un niño en Rumanía, el padre dice:—*Mi-a cazut noroc la casa*. (La felicidad ha caído sobre mi casa).—Y la verdad es que la criatura le ocasiona muy poca molestia, pues con muy pocos cuidados crece y se desarrolla en medio de la indolencia, y tiene tan pocas necesidades como su padre.

Pocos días después de nacer el niño, se pone sobre una mesa algún dinero y varios manjares para las tres hadas (*ursitele*) que han de presidir en su destino, según supersticiosa creencia. La nodriza se guarda los cuartos y se come lo que encuentra, y con esto quedan todos satisfechos. Cuando el niño cumple tres años, córtanle el cabello muy ceremoniosamente con un par de tijeras nuevas, sobre su cabeza se parte por la mitad una torta (*turta*), y se le regala algún



objeto que pueda serle útil cuando tenga más edad. Su alimento consiste en maíz, con el cual se hace una pasta llamada *mamaliga*; queso elaborado con leche, vegetales y fruta. Se le enseña á rezar, á estar siempre con la cabeza inclinada y descubierta, á saludar al sol naciente, que todos consideran sagrado (*santu soare*); y debe aprender muchas reglas sobre lo que se juzga limpio ó sucio. No solamente se considera al sol sagrado, sino que se cree que también lo son varios animales, y hasta el pan de trigo.

Las escuelas de pueblo son buenas y numerosas. Los niños eslavonios se distinguen por su inteligencia, y tienen notable facilidad para aprender los idiomas, de los cuales conocen uno ó dos además del



Niños húngaros trabajando

suyo propio. Los muchachos son también muy hábiles en la escultura y la pintura, así como en la confección de cestitos de adorno. Parecen muy aficionados al canto; mas, á pesar de esto, se han perdido muchos de los antiguos himnos nacionales, porque los sacerdotes, que son católicos, no los aprueban. Agrádanles en particular los sabios proverbios, las leyendas y las historias, que la madre ó la abuela se encargan de contar, mientras que éstas hilan, en las noches de invierno.

Los niños húngaros no son muy industriosos por regla general. El chico que representamos en nuestro diagrama conduciendo los patos y las ocas, desempeña su cometido con la mayor indiferencia, sin cuidarse de si van por un lado ó por otro; la niña que está cosiendo ropa con su larga aguja, trabaja muy despacio para escuchar mejor lo que dice su hermana, que está sentada á su lado; y el hermano ocúpase en trenzar un látigo, pensando sin duda en el tiempo en que tendrá un caballo para correr por las praderas.

Y ahora, no quedándome suficiente espacio para escribir sobre los bohemios, los búlgaros ó los judíos, cuyo número es considerable, terminaré este



capítulo diciendo algo sobre la vida del niño croata, dando una ligera idea de lo que es allí la fiesta de Navidad.

En aquel país prevalecen las ideas patriarcales. Todos los individuos y conocidos de una familia constituyen allí como una compañía (*zadruga*). Uno de ellos es elegido como cabeza: encárgase de la propiedad de todos, dicta su fallo cuando surgen diferencias, y señala á cada uno el trabajo que ha de hacer.

Enséñase sobre todo á los niños á ser respetuosos con sus padres, y más aún con sus abuelos y á vivir en la mejor inteligencia con los muchachos de otras comunidades, aunque sean griegos ó hebreos. Hay escuelas bastante buenas, y en ellas se da una regular instrucción á los alumnos.

Entre las muchas graciosas y singulares costumbres peculiares de las diversas estaciones del año, las que se refieren á la celebración de la Navidad son acaso las que ofrecen mayor interés. Para esa fiesta se guardan la más escogida harina, la miel y los frutos más dulces y el mejor vino. Los abuelos, y si no los hay el padre, mojan en agua bendita las tres velas de cera que deben alumbrar la mesa de Navidad, y los muchachos van á recorrer los bosques para buscar el leño más grande, que, después de rociado con vino, ha de arder en la chimenea. En el horno se cuecen dos grandes panes que significan el Antiguo y el Nuevo Testamento. Cuando resuena la campanilla de Navidad, reúne toda la familia, se enciende la primera vela y entónase un himno. Después sírvense á la mesa los manjares, y, junto á los dos panes de Navidad colocados en ella, se pone una copa pequeña ó vasija llena de trigo, cebada, avena, etc.

Antes de comenzar el banquete, el padre se acerca á la mesa, coge la vela encendida y dice:—Jesús ha nacido;—palabras que repiten los niños y todos los presentes, pasando después la vela de mano en mano. Terminada esta ceremonia enciéndese la segunda vela. El padre reza una breve oración, apaga aquélla é introduce una extremidad entre los cereales contenidos en la copa: los granos que se pegan á la vela, según creencia general, producirán la mejor cosecha para el año siguiente.

La última de las tres velas se enciende siempre el día de Año Nuevo, día en que terminan las fiestas de Navidad.

Esas fiestas tienen grande importancia para los niños en todos los países de que hemos hablado, pero muy particularmente entre los húngaros, germanos y croatas. Los pobres tirolese en sus cabañas, y los bohemios en sus tiendas, no dejan de celebrar nunca el fausto día en que el niño Jesús vino al mundo, y complácense en convidar á todos sus amigos por poco que dispongan de medios para ello.

Si alguna vez vais á Hungría ó á Bohemia, hijos míos, podréis complaceros en admirar las curiosidades y maravillas de aquellos países, trabando conocimiento con los croatas y magiares, que tal vez os dirán más sobre sus usos, sus costumbres y su manera de ser.

#### LA CALCETA

Más embellece á una niña  
ser humilde y hacendosa  
que no brillar por su fausto,  
sus vestidos y sus joyas.

Ved á esa: hace calceta,  
y ¿quién más encantadora?  
Más place así que en estrados  
murmurando de las otras.



## EL NIÑO DE URBINO

*(Continuación)*

Giovanni Sanzio, que había regresado de Città del Castello la víspera por la noche, fué al taller de su vecino y, colocando la mano sobre el hombro del joven,

—Me participan,—le dijo,—que los jóvenes de Pesaro han traído muy buenas cosas. ¡Animo, hijo! ¡Quizás lograremos que el duque haga disuadir al padre de Pacífica de disponer tan tiránicamente de su mano!

Luca movió la cabeza con expresión llena de desaliento. Sabía por anticipado que entre los objetos expuestos había una maravilla; pero ¿de qué podría servirle eso?

—El niño... el niño...—balbuceó. Pero recordó á tiempo que había prometido á Rafael no le descubriría.

—¿Mi chico?—dijo el signor Giovanni.—Pronto va á venir: no hay miedo que falte. Donde hay un cuadro que mirar, allí está él.

El digno artista dejó á Luca para ir á saludar á messer Benedetto.

El maestro alfarero, en traje de raso carmesí, con un peripunte de terciopelo oscuro, estaba al atisbo, pronto á adelantar, descubierta la cabeza, hasta la calle, así que oyese sobre el pavimento el paso de los caballos.

—Debéis estar inquieto,—le dijo el signor Giovanni.—Corre por ahí la voz de que un joven de Pesaro ha traído algo bueno. ¡Si os vieseis obligado á introducir un forastero en vuestro taller y en vuestra familia!

—Si es un hombre de genio, será muy bien venido,—respondió messer Ronconi con aire pomposo.—Que venga de Pesaro, ó de Fano, ó de Castel Durante, palabra es palabra. Yo mantengo siempre mi palabra, cueste lo que cueste.

—Esperemos, pues,—le dijo su vecino,—que todo vaya á pedir de boca y que saquéis de este concurso tanto contentamiento como gloria.

Después de todo, el maestro alfarero era un hombre de bien, por más que se diese tanto tono.

—¡El duque, nuestro señor!—gritaron las gentes que esperaban en la calle.—Ser Benedetto salió llevando un paso solemne para recibir al duque, que le dispensaba el honor de visitar su taller. Rafael se deslizó sin ruido al lado de su padre y cogió con su manecita la de Sanzio.

—No tengas miedo de nuestro buen Guidobaldo, hombre,—le dijo su padre riendo. Pero no tardó en quedar un tanto sorprendido al ver que Rafael estaba pálido, y que su labio inferior temblaba.

—No,—respondió sencillamente Rafael.

El joven duque y su corte, á caballo, bajaban por la calle y se detuvieron



delante de la vieja casa del maestro alfarero. Eran todos ellos guapos gentiles hombres, aunque vistiesen un simple traje de mañana. Iban montados en



La calceta

nobles caballos árabes, cuya impaciencia podían contener apenas. Algunos pajecillos y lacayos con librea los escoltaban. Por lo común, y salvo el caso en que iba de montería, ó cuando le hacía una visita á algún importante personaje, Guidobaldo, á ejemplo de su padre, recorría la ciudad á pie como un simple burgués; pero, conociendo el carácter de messer Benedetto, había ido á caballo para halagar su inocente manía. Inclínándose hasta el suelo, el maestro alfarero introdujo al duque en su taller andando á reculac. Los cortesanos acompañaron á su señor. Giovanni Sanzio con su hijo, y muchos otros privilegiados, siguieron á la comitiva á respetuosa distancia. En el fondo del taller estaban los artistas y los discípulos de Pesaro y de muchas otras

ciudades del ducado que habían tomado parte en el concurso. Había diez aspirantes entre todo. El pobre Luca, obligado á exponer su trabajo como los demás, hallábase detrás de sus competidores, y aun hacía esfuerzos para ocultar su aficción en el hueco de una ventana.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: 38, principal. MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA  
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA